

Otelo y el hombre de piel azul

Sara Bertrand

Ilustraciones de Leonardo Ríos

¿Cuán grande era un continente en la realidad? Ese tipo de respuestas son imposibles para un perro. ¿Cómo averiguarlo? Ser perro impone sus limitaciones. Aunque en el dibujo, África no se veía tan grande yo sabía que los mapas achican todo, así es que no podía fiarme de ellos. No tenía otra manera de averiguarlo que viajando hasta allá y me dispuse a hacerlo.

ALFAGUARA

INFANTIL



BIBLIOTECA

Otelo y el hombre de piel azul

Sara Bertrand

Ilustraciones de Leonardo Ríos



Otelo y el hombre de piel azul

Sara Bertrand

Ilustraciones de Leonardo Ríos

ALFAGUARA


© Del texto: 2010, Sara Bertrand
© De las ilustraciones: 2010, Leonardo Ríos
De esta edición:
2010 Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

ISBN: 978-956-239-782-7
Inscripción 187.640
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: mayo 2010

Diseño de colección: Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

ALFAGUARA


El libro

Quien crea que ser perro es fácil, se equivoca.

Ustedes se preguntarán: ¿qué tanto? A fin de cuentas se trata de comer, dormir, ladrar, jugar, pero nadie advierte los detalles y, créanme, los detalles hacen la diferencia.

Si los seres humanos sufrieran la mitad de las complicaciones que un perro, vivirían amargados. Las pulgas son un buen ejemplo, una verdadera piedra en la planta de los pies. ¿Alguna vez han caminado con una piedra en la planta de los pies? Pues bien, las pulgas son muchísimo peores porque pican, corren por el lomo y, aunque uno se retuerza para un lado u otro intentando morderlas, es imposible sacárselas de encima. Se reproducen muy rápido y basta con que una de ellas te salte encima para que al día siguiente tengas una colonia de pulgas picándote el cuerpo entero. Les digo, son peores que los piojos, porque he visto que los humanos se sacan los piojos con unas peinetas de metal o, en caso extremo, se cortan el pelo y problema resuelto. Las pulgas no. Las pulgas andan encima de uno, sin discriminación. Puedes tener el pelo largo o corto,



enrulado o liso, y no existe peine de metal que logre cazarlas cuando saltan.

También hay detalles más tristes, como, por ejemplo, el hecho de sentirte extraño en tu propia casa. Se los digo con mi pata delantera en el corazón. Más de una vez me he sentido un intruso, y eso que vivo hace tres años en la casa de los Fuedejalón. Ellos me quieren y me regalonean; de hecho, me pusieron Oteló en honor a la ópera de Guiseppe Verdi, que es la favorita del señor Fuedejalón. Me dan de comer, me peinan el pelo una vez por semana, me bañan con agua tibia en la tina, me ayudan a quitarme las pulgas refregándose con unas pomadas que me dejan la piel colorada, me guardan un espacio en el sofá todas las tardes para mirar la televisión y no me retan si duermo siesta en la alfombra de la entrada.

Entonces, ¿de qué me quejo? Pues la verdad es que no me quejo nunca, o casi nunca. Pero a veces me pone triste que me recuerden que soy un perro, que en vez de llamarme por mi nombre digan:

—¡Tan inteligente que es *este perro!*

¿Qué les cuesta decir qué inteligente es Oteló? ¡Nada! En cambio, sueltan *este perro*.

O cuando alegan:

—¡Pero mira lo que hizo *este perro!*

¡Uf! A mí *este* y *perro* son dos palabras que me cargan. Yo sé que soy un perro. Un perro nunca olvida que es un perro, por muy inteligente y guapo que sea. Modestamente, no quiero que

me malinterpreten, ni que piensen que soy engreído, pero me veo bien. Un dachshund de pelo negro, hijo de un padre tres veces campeón nacional, ¿saben lo que significa? Que mi padre tiene uno de los mejores portes, parada y hocico de su raza. ¿Y mi madre? Pues mi madre tampoco está mal, hija de campeón, un salchicha argentino que compitió y ganó otra cantidad de torneos. Así es que yo no tenía por dónde salir mal. De hecho, lo he comprobado frente al espejo.

La operación requiere astucia y un poco de sangre fría, además de buen olfato y oídos, pues cualquier error resulta nefasto. Me explico: cuando los Fuendejalón salen de casa, espero que se pierda el último rastro de sus sonidos por la calle y me encamino al baño, compruebo que la tapa del escusado esté abajo (no me gustaría caer adentro) y salto sobre ella. Una vez ahí, tomo vuelo, salto hacia el lavatorio y ahí está el espejo en todo su esplendor. Primero, fijo la vista en mi cara, mi hocico puntiagudo, como un zorro; mis bigotes alargados y esas arrugas de piel café que tengo sobre las cejas. Después, doy una pequeña vuelta para comprobar el porte atlético de mis patas, pequeñas pero firmes.

Cuando ando de ocioso, además de mirarme, ladro frente al espejo o hago como que me enojo y muestro todos mis colmillos impecablemente blancos (los Fuendejalón no me dejan comer azúcar ni nada que dañe mi dentadura).

Si me pillaran encima del lavatorio, ¡huy!, me metería en líos, por eso me muevo con cuida-

do, alerta, siempre atento. Pero uno a veces comete errores, andas pensando en huesos y, ¡zas!, te descubren; entonces, no queda más remedio que hundir la cola entre las piernas. De hecho, fue lo que hice cuando me sorprendió la señora Fuendejalón. Estaba de lo mejor, poniendo mis caras de enojo con ladridos, y no me di cuenta que ella entró en el baño. Recuerdo su impresión y la mía, apoyando su cuerpo en el marco de la puerta con una mirada extrañísima.

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahí?
—preguntó meditabunda.

Pero luego cambió de humor rapidísimo y chilló:

—¡Sal inmediatamente! ¡Fuera! —dijo al mismo tiempo que me agarró por la piel del lomo, me sacó del baño y agregó amenazante— Si te vuelvo a encontrar ahí ¡te daré una sola patada!

Me sentí ofendido. Humillado. Furioso. ¿Acaso no tenía derecho a mirarme en el espejo? ¿Ser *un perro*, como decía, no me permitía hacer lo que quería? Nuevamente era el extraño de la casa, el perro, nada más. Anduve con la cola entre mis patas durante un buen tiempo. Ni una sola vez me acerqué al baño. Hasta que unas semanas más tarde los Fuendejalón se fueron a la playa.

Me dejaron en la casa, porque dijeron que al lugar donde iban no aceptaban mascotas, así es que supuse que la palabra mascota era sinónimo de perro. Apenas sentí el ruido del motor fui hasta el baño y me encaramé en el lavatorio. Miré mi



cuerpo atlético, mi cara peluda de mostachos estirados y me sentí bien.

Pero no como otras veces... Puse cara de enojo, sacando a relucir mis colmillos immaculados, y me puse contento, pero no tanto...

¿Qué me pasaba? Me bajé del lavatorio confundido.

¿Qué había cambiado? ¿En qué minuto dejó de interesarme algo que hasta hace poco consideraba tan entretenido?

Lo único claro es que dentro de mí había algo que lo revolvía todo. Me fui a la terraza y me eché sobre las baldosas. Estaban heladas y me aliviaron algo la irritación que sentía.

Cerré los ojos, pensé que lo mejor que podía hacer era dormir las dos semanas en que los Fuen-dejalón estuvieran fuera. Nada de espejos ni de perseguir a los gatos de los vecinos, que, a propósito, no les había comentado, pero, en mi opinión, son los animales más detestables de la tierra.

En fin, el asunto es que estaba en un estado intermedio entre el bienestar y el malestar completo, cuando estiré mis piernas traseras y sentí algo. Me levanté de un solo brinco. Era uno de esos libros grandes y llenos de dibujos de Blanca, la hija menor de los Fuendejalón. Lo había olvidado. Lo apreté entre mis dientes y me dispuse a llevárselo a su pieza; pero no había dado un paso cuando el libro se me resbaló del hocico y cayó al suelo. Se abrió por la mitad. En la página, a todo color, había un hombrecito con un traje terracota y una cabeza

redonda como bola descubierta de pelos. Eso me llamó la atención: que el hombre de la foto no tuviera un solo pelo en la cabeza. También el hecho de que aparecía volando sobre el suelo. Levitaba, de seguro. Hace poco, Blanca me explicó de qué se trataba; más bien, se lo oí comentar en la mesa durante un almuerzo. Era la capacidad que tienen algunos humanos, gracias al poder de su mente, de elevarse por el aire, tan livianos como una pluma. El hombrecito de la figura levitaba y detrás suyo se veían unos montes escarpados, una casa como castillo y unas especies de caballos o mulas, pero más cabezonas y peludas.

¿Dónde quedaría ese lugar?

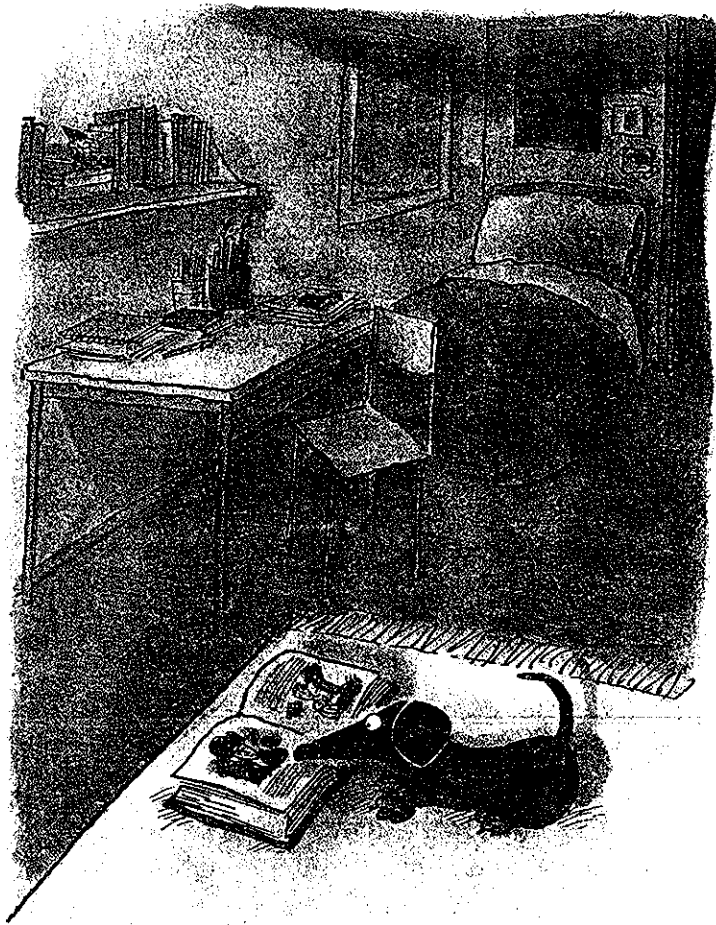
¿Existiría realmente o sería fantasía? ¿Los perros también podrían levitar?

Todas esas preguntas me llenaron la cabeza y se me olvidó el remolino que sentía en el estómago. Con la ayuda de mis patas delanteras revisé una a una las páginas de aquel intrigante y enorme libro.

Más allá de la reja

Me pasé el día hojeando libros. No es broma. Cuando terminé el que había encontrado en la terraza, fui a la pieza de Blanca, me subí a la silla de su escritorio y empujé al suelo otro libro igual de grande; sobre la alfombra blanca de lana gruesa fui pasando las páginas una por una. A veces me detenía en alguna lámina que me llamaba la atención. Recuerdo la de un príncipe mendigo. En el primer dibujo aparecía flacucho, con un turbante lleno de piedras preciosas que brillaban sobre su cabeza. Además de un millón de collares de color oro, pulseras, aros y otra cantidad de adornos resplandecientes. Pero en la página siguiente, en otro dibujo, aparecía el mismo príncipe, pero sin más ropa que una especie de pañal de género blanco que le tapaba el trasero. Al contrario del palacio en que salía retratado en el primer dibujo, descansaba con la espalda apoyada en un árbol con muy pocas ramas. No entendí mucho de esa historia, pero se me ocurrió que el príncipe regaló sus joyas y se hizo pobre.

Hubo otros relatos que me conmovieron sinceramente, me movieron el corazón. El de un



hombre barbudo que recorría los mares en una balsa pequeña. La embarcación no era más grande que el largo de sus piernas y el ancho de su cuerpo, pero él se metía en ella y remaba y remaba. Los dibujos lo mostraban frente a un palacio de cúpulas doradas; luego, frente a un muelle lleno de embarcaciones pequeñas como las de él; más allá, frente a un desierto y unos camellos. Entonces, supuse que había viajado a distintos lugares en su balsa pequeña.

Cuando terminé de hojear esos gigantes libracos me sentí mareado. Ese *no sé qué* que me revolvía el estómago se hizo más fuerte, mezclado con una sensación de vacío. Y entonces me acordé que no había comido nada en todo el día y fui a mi plato dispensador de alimentos (la señora Fuendejalón me enseñó cómo golpearlo para que saliera comida), y ahí estaba masticando el alimento para perros (¿lo han probado?, ¡uf!, es horrible, seco como la yesca...), cuando me percaté de que en estos tres años de vida junto a los Fuendejalón, jamás había salido a la calle. Ni una sola vez. Digo, descontando las veces que acompañé al señor Fuendejalón a la reja a buscar el diario, o a la señora Fuendejalón para sacar el tarro de la basura, nunca había puesto un pie más allá del muro.

Entonces supe de inmediato lo que tenía que hacer: salir a la calle y ver con mis propios ojos el mundo que mostraban los libros de Blanca.

Decidí salir al día siguiente. A primera hora de la mañana.



Aromas perrunos

No había despuntado el sol cuando me lancé a la calle. Había una bruma extraña y suspendida, como si el día no se animara a levantar. Fueron unos segundos mágicos. El cerro detrás de la casa de los Fuendejalón estaba de color azul. Todo era expectación, como si cada piedra, cada arbusto, incluso los pájaros, estuvieran esperando al sol para despertar.

Me eché a andar despacio, quería retener cada uno de los millones de olores que me golpearon el hocico. En serio, nunca pensé que la calle fuera una cocina de aromas tan diversos. Era imposible retenerlos ni menos distinguirlos. Me parecían un amasijo enredado, un tufo venido de la boca de algún gigante que lo envolvía todo. Ese era el olor del mundo.

Llevaba veinte minutos afuera cuando descubrí que no era el único. No eran las ocho de la mañana, pero la calle estaba poblada de otros perros olisqueando por aquí y por allá.

—¡Hey! —le ladré a un terrier blanco—. ¡Hey! ¡Aquí! —volví a insistir, pues quería conversar con él sobre el *mundo* que nos rodeaba.

El terrier se dio vuelta, me miró y trotó directo hacia mí y, al contrario de lo que me imaginé, se acercó rápidamente y, en un ritual casi mecánico, me olisqueó el trasero.

No puedo describirles el asco que me produjo, bajé mi cola y giré en 180 grados, intentando evitar ese hocico intruso; pero el muy cochino dio la vuelta y volvió a hundir su hocico en mi nalga. En eso nos pasamos un par de minutos bien extraños, en los que yo intentaba esconder mi trasero y él me perseguía para olerlo.

En la confusión llegaron otros, muchos otros perros, de diferentes portes y caras, y todos, sin excepción, repetían el mismo ritual, apuntando su hocico directo al trasero.

—¡Pero qué manía tienen! —alegué en el preciso instante en que tuve enfrente un enorme trasero de pastor alemán, y ¡vaya!, la vida da sorpresas.

Ahí, mientras mi nariz visitó sus nalgas, descubrí que se trataba de una chica, que tenía la misma edad mía, o un poco menos, y que se alimentaba, al igual que yo, con la comida que sale de los platillos dispensadores.

Después de eso, me alenté con otros traseros y no sé cuánto rato habré estado, pero de pronto todos se largaron. Sin advertencias ni nada, se fueron tan rápido como habían venido y me quedé con un cocker spaniel peludo y pailón, absolutamente sordo.

Le pregunté:

—¿Conoces el mundo que nos rodea?

El cocker spaniel me miró como si hablara una lengua muerta. Entonces, gruñí más fuerte:

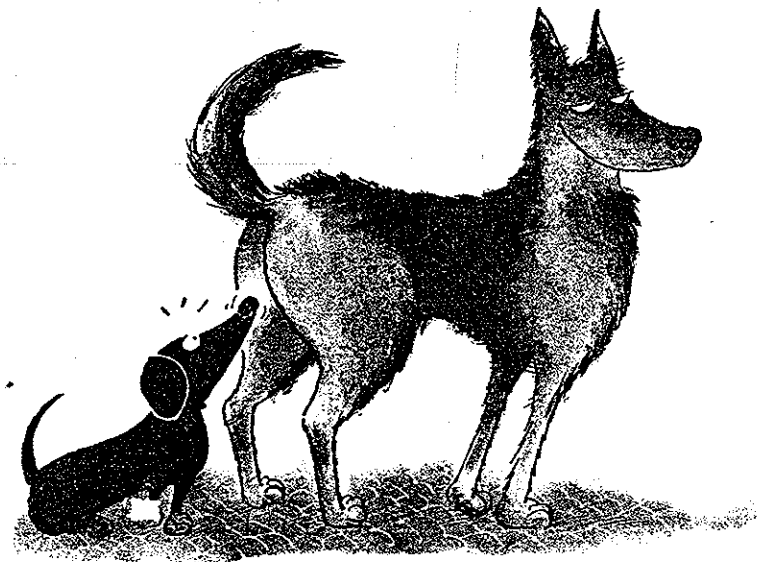
—¡Que si conoces el mundo que nos rodea!

Sus ojos se abrieron pavorosos y emprendió retirada trotando hacia una plaza. De lejos me gritó:

—¡No!, no me gustan las correas.

Yo pensé que estaba loco y le ladré indignado:

—¡Hey! ¡Hey! —es que me carga que me dejen hablando solo, pero él ni siquiera se dio vuelta, siguió trotando hasta desaparecer de mi vista.





Me dispuse a caminar y a descubrir el mundo por mí mismo. Así fue como esa mañana supe que el lugar donde vivía se componía de un montón de calles, un laberinto que desembocaba en una y otra y otra calle. Era cosa de locos. Seguramente, pensé, para un perro de peor olfato podría resultar un embrollo difícil de desentrañar. Por eso, me

anduve con cuidado levantando mi pata para dejar marcada la ruta de regreso.

Pero, aparte de eso, no descubrí nada sorprendente; de príncipes, mendigos, viajeros en balsa o monjes pelados, ni hablar. Menos, de castillos, joyas o vacas peludas. Lo demás eran casas detrás de rejas, edificios detrás de rejas, plazas detrás de rejas, árboles detrás de rejas. Deduje fácilmente que el mundo que nos rodeaba era una fortaleza defendiéndose de no sé qué amenaza, porque esa parte me la salté o no llegué a conocerla. Imaginé que tal vez el mundo se defendía de sí mismo, como cuando la señora Fuendejalón guardó la bolsa de huesos encima del refrigerador, porque si la dejaba al alcance de mis patas, ¡uf!, podía comérmela entera.

El único *peligro* (es exagerado llamarlo así, pero vamos...) fue cuando intenté tomar agua de la manguera que sostenía una señora. Cuando me acerqué, me aleteó espantada y con la manguera en ristre me lanzó un chorro directo a la cara.

—Grrrr —gruñí con furia.

—¡Ándate, perro pulgoso! —me dijo, por lo que me sentí muy ofendido y hui.

Cerca de las dos de la tarde volví a casa, fatigado y muerto de hambre. Me fui directo a la pieza de Blanca y me tendí sobre su alfombra. No sé por qué sentía que esos libracos me debían una explicación.

El cuaderno azul

La repisa en donde descansaban esos enormes libros parecía burlarse de mí.

¿Contaban puras mentiras?

¡Pero se veían tan reales! lamenté.

Volví a mirarlos.

¿Qué magia extraña los envolvía que me hacían viajar a lugares impensados? Me pregunté y mis ojos se detuvieron en un pequeño cuaderno forrado en papel azul que reposaba a un costado de la repisa.

—Mgrrrm —gruñí, estirándome, y me volteé hacia la pared.

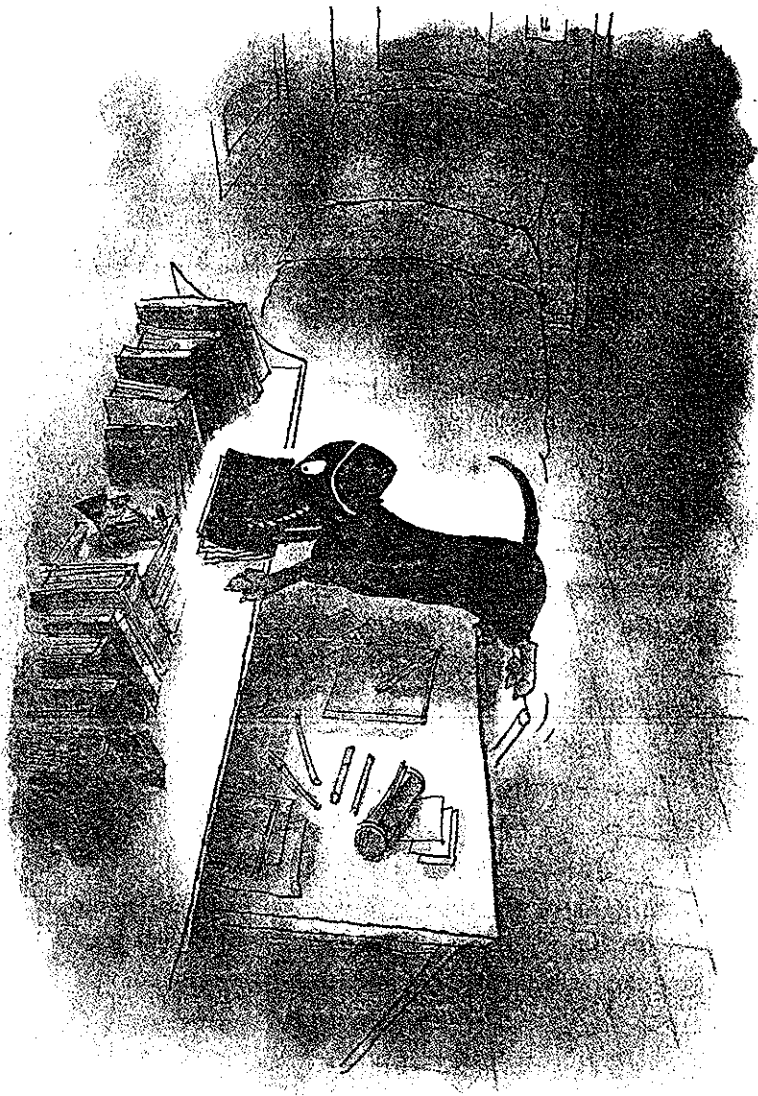
Preferí no mirarlo.

¿Qué sentido tenía descubrir nuevas historias?

Pero el cuaderno azul tenía un imán que me atraía. Hice un último esfuerzo por olvidarlo y me enrosqué embutiendo mi hocico entre las piernas, pero el cuaderno azul seguía intrigándome.

—¡Bah!, ¡no será tanto! —dije y me encastré en la silla para apretarlo cuidadosamente entre mis dientes.

Lo abrí de una sola vez.



Tenía la letra de Blanca. Les parecerá extraño que un perro reconozca la letra humana, pues para que vean hasta dónde llegan las capacidades perrunas. El asunto es que la letra de Blanca la reconocería entre millones de millones de cuadernos, si se diera el caso, porque me he pasado mi vida viéndola hacer sus tareas, así es que tengo grabada su escritura.

Apenas abrí el cuaderno azul supe que estaba escrito por ella. No era de esos de tareas que le piden en el colegio, porque no había ejercicios, ni copias, ni dictados, ni nada por el estilo. En sus páginas había fotos, recortes, dibujos y muchas hojas escritas. La palabra África aparecía en casi todas sus hojas con letras grandes y panzonas.

—¡Hum! —resoplé, ¿qué se proponía Blanca con este cuaderno? Me pareció impensable que lo hubiera hecho sólo por un antojo de pegar fotografías. Si había reunido información, era porque lo consideraba importante.

Así es que me animé a hojearlo. En las primeras páginas había dibujado un mapa. Los conozco porque el señor Fuendejalón tiene uno en su escritorio y Blanca me lo mostró una vez.

—Este es el mundo, Otelo, ¿lo ves? Aquí está América y este es Chile, donde vivimos nosotros, este de acá es Europa y allá está Asia, el continente en el que está China, un país con cientos de habitantes. —Blanca hizo una pausa y continuó—: Y este de aquí, míralo bien, Otelo, este es el *contiente olvidado*.

Sé que soy perro, pero entiendo perfectamente cuando me hablan; en cambio, aquella vez no entendí ni jota. Me quedé mirando a Blanca con cara de pregunta y ella continuó:

—En África, la gente se muere de hambre, ¿sabías? Hay años en que no llueve nunca y la gente y sus animales se mueren de sed. También hay guerras, muchas guerras, los pueblos se matan unos a otros por un pedazo de tierra, por un poco de dinero, por un montón de armas... Tenemos una deuda con África, Otelito, una deuda que habrá que saldar algún día.

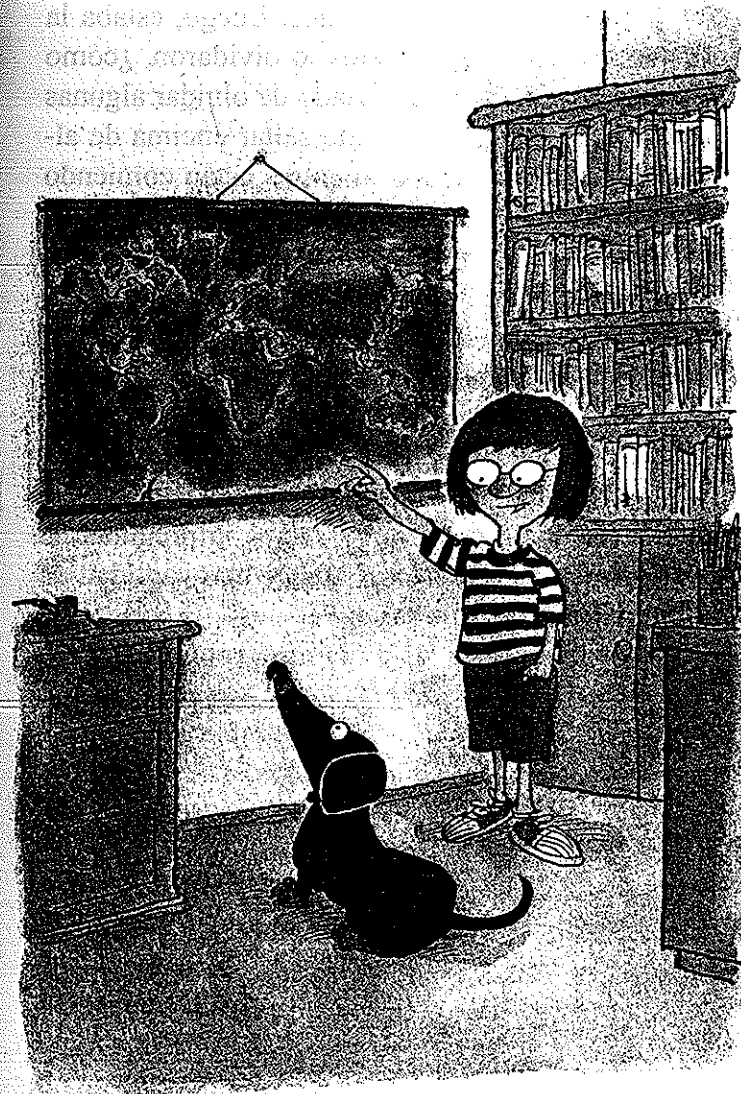
¿Qué deuda era esa?, pensé cuando Blanca me dijo todo eso, pero ella no especificó, salió del escritorio y me dejó mirando el mundo en ese mapa plano y alargado. Claro que en ese tiempo yo no tenía interés en conocerlo; es decir, todavía no había sentido ese remolino en la guata y ese no sé qué de incomodidad. Así es que salí del escritorio y se me olvidó.

Ahora era diferente. El mapa, el mundo y todo lo que había dentro de él me parecía interesante, quería conocerlo entero y una buena manera era partir por África. ¿O no?

De hecho, la primera página del cuaderno azul tenía un mapa del *continente olvidado*.

¿Cuán grande era un continente en la realidad?

Ese tipo de respuestas son imposibles para un perro.



¿Cómo averiguarlo?

En el dibujo, África no se veía tan grande, pero yo sabía que los mapas achican todo, así es que no podía fiarme de ellos. Luego, estaba la cuestión de que los humanos lo olvidaron, ¿cómo lo hicieron? Digo, yo he tratado de olvidar algunas cosas, pequeños vicios, como saltar encima de alguno de los Fuendejalón mientras están comiendo en la mesa.

Entonces, ¿sería lo mismo? Los humanos de América, por ejemplo, ¿vivirían en sus casas, detrás de sus rejas mirando de lejos las calles y rejas africanas? Es decir, ¿un día dejaban de pasar por las calles en donde otros humanos pasaban hambre y sed, para no tener que mirarles a los ojos?

No tenía como averiguarlo, a menos que viajara a África, pero luego estaba la pregunta de cómo viajar, cuánto me tardaría y otra cantidad de preguntas más.

—¡Guau! —ladré de impotencia. Ser perro impone sus limitaciones.

El continente olvidado

No sé cómo describirles lo fascinante que resultó el cuaderno azul. Las imágenes, todas a color, estaban llenas de escenas de lo más bizarras, pero al mismo tiempo alucinantes. Con decirles que lo hojeé una primera vez y cuando lo terminé comencé todo de nuevo, página por página.

África sería un continente pobre y el mundo tenía una deuda con él, como decía Blanca, pero era un continente lleno de luz. El sol estaba por todos lados y aparecía en cada fotografía que había pegada en el cuaderno, o bien, se insinuaba en el resplandor de las pieles transpiradas, en las telas expuestas en los mercados y en la sequedad completa y total del desierto.

En África todo resultaba llamativo y repelente a la vez; terrorífico y agradable, ¿me entienden? África tenía la gracia de la contradicción. Porque en una misma página de cuaderno había una serpiente abriendo una mandíbula enorme para arrojar su veneno mortal y, en la fotografía de al lado, un bichito diminuto que aguardaba la humedad del rocío para tomar una, ¡una! sola gota de agua. Frente a unos valles de yermo seco y des-

poblado, unas tiendas tapizadas de telas de colores.

Así era África. Por eso es que hojeé el cuaderno una y otra vez y cada minuto que pasaba me sentía más atraído.

Por las fotos del cuaderno descubrí que los animales africanos eran diferentes a los del continente que yo habitaba. Había escorpiones, serpientes y mosquitos extraordinariamente grandes. Un zancudo era del porte de un zapato, ¿se dan cuenta? De sólo pensarlo me daban ganas de salir corriendo de miedo, pero los humanos de esa tierra no parecían asustados; de hecho, en las fotografías sonreían mientras sostenían unos bastones en las manos. Tenían la piel oscura, me imagino que a causa de tanto sol, y eran altos o más altos que los humanos que yo vi cuando salí a recorrer el mundo, al lado de mi casa.

Claro que el cuaderno azul no sólo tenía fotografías y mapas, de eso pude darme cuenta de inmediato, porque la inconfundible letra de Blanca estaba por todos lados. Me pareció que narraba una historia, algo que lamentablemente está fuera de mi alcance, porque imaginarán, los perros no sabemos leer. ¡Qué va!, yo no me quejo, es lo que toca, pero me gustaría que ustedes pudieran leer el relato de Blanca, por eso les adjunto aquí algunas páginas de su cuaderno.

La tormenta

(Extracto del cuaderno de Blanca Fueudejalón)

El atardecer lo pilló en medio de la carretera. Kofi apagó la camioneta e hizo señas indicándole que se apeara, no arrancarían hasta la mañana siguiente.

El hombre blanco lo miró sin entender.

—*Pole sana*¹, *muzungu*², imposible continuar hoy. Mire, usted, ¿lo ve? —dijo señalando la línea del horizonte.

Él fijó la vista hacia el lugar que indicaba Kofi y vio una oscuridad profunda.

—Se avecina una tormenta —señaló Kofi sin mayor preocupación, y continuó—: No es bueno manejar con tormenta.

El hombre miró nuevamente esa mancha oscura amenazando el horizonte y temió, primero por su vida. Luego, pensó en cosas prácticas, como qué pasaría con el avión que debía tomar en Ruanda dentro de doce horas y con la camioneta abandonada en medio de la carretera, ¿estaría ahí mismo cuando ellos volvieran?, o, más terrorífico, ¿dónde encontrarían agua? Conocía historias de hombres que murieron de sed en África y, hasta donde él sabía, el próximo pueblo quedaba a 150 kilómetros de distancia.

Kofi silbaba de lo más tranquilo, tomó un par de cosas de la camioneta y fue hacia la nada, al menos eso le pareció a él.

—¡Dese prisa, *mzungu!* —le gritó.
Despabilándose, el hombre tomó su mochila y su chaqueta y se fue corriendo detrás de Kofi.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A casa —respondió Kofi.

—¿A la tuya? —quiso saber.

—Sí —contestó sin mirarlo.

Su familia vivía cerca, le contó Kofi, a un día de camino del lago Victoria o *Ukerewe*, como le llamaban los nativos. Kofi apuntó en dirección sur, sin dejar de caminar, pero el hombre blanco era incapaz de imaginar nada en medio de esa tierra

desierta y de las interminables montañas ruandesas³ que se divisaban a lo lejos:

—¿Nos tomará mucho llegar? —preguntó mirando hacia la negrura que se acercaba tenebrosamente.

—Unos minutos, *mzungu*, sólo unos minutos... —aseguró Kofi, pero él intuyó que serían más y que probablemente llegarían junto con la tormenta.



Nómades azules

Hubo algo que me turbó en el cuaderno azul, y cuando hablo de *turbar* quiero que entiendan que los perros somos sensibles. A veces, algo nos entristece y no queremos comer del plato dispensador; otras, estamos felices y corremos y saltamos y parece que nos hicieran cosquillas en las patas porque no podemos parar de movernos; pero, también, hay momentos en que enmudecemos de la impresión. Como me ocurrió al ver ese grupo de fotografías que ocupaban varias páginas del cuaderno. No pude ladrar ni bufar.

Blanca las había ordenado de cierta manera que, incluso para un perro, era fácil imaginar el relato. Mostraban la vida de un hombre de la edad del señor Fuendejalón, o puede que fuera mayor, pero ya desde las primeras fotos supe que estaba enfermo. Vestía una túnica azul que le llegaba hasta los pies, y no sé si a causa del traje o de algún rayo ultravioleta, ultrapotente de África, el hombre tenía la piel teñida de color azul. Era un hombre azul.

Al principio aparecía junto a un grupo de personas, hombres, mujeres y niños vestidos de

azul⁴, como él, y todos con la piel teñida de azul. Los paisajes cambiaban de una fotografía a la otra, pero el grupo que lo acompañaba era siempre el mismo. Más adelante se los veía en varias fotos en medio de un desierto, detrás de ellos se dibujaba la silueta de un río completamente seco⁵, no había vegetación ni poblados ni nada. La última foto, pegada a todo lo ancho del cuaderno, mostraba al hombre de piel azul tendido bajo un árbol, el único árbol que existía a kilómetros a la redonda. El grupo, su grupo, se divisaba a lo lejos. El hombre tenía la boca abierta y sus brazos le caían a ambos costados con las palmas de las manos apuntando al cielo. Su cuerpo tenía cierta rigidez extraña, como si mucho antes de que le tomaran la foto hubiese dejado de moverse.

Eso era todo. El hombre de piel azul no volvía a aparecer más.

Tuve miedo y cerré el cuaderno de golpe.

Pero al rato volví a abrirlo. El hombre, su cara, su boca de labios prácticamente blancos y semiabiertos, sus ojos entrecerrados y sin vida. ¿Por qué nadie nos advierte que ocurren esas cosas en el mundo? Dejé el cuaderno con desdén.

África no me pareció fascinante, sino un lugar horrible y cruel. Me fui a mi plato dispensador de comida y engullí.

Me harté, comí y bebí agua como si ese fuese mi último día, y cuando ya no me cabía nada más, me tendí en la terraza.

Entonces, un pensamiento descarado vino a pasearse en mi cabeza de perro. La idea era esta: si



por casualidad yo me encontrara en la calle con uno de esos hombres azules y lo trajera hasta la casa de los Fuendejalón, probablemente no tendrían que buscar agua, ni comida, porque la tendría en abundancia y, por lo tanto, tampoco tendría necesidad de abandonar a nadie en la mitad del camino, porque habría resuelto sus problemas.

Kofi y sus treinta y cinco

(Extracto del cuaderno de Blanca Fuendejalón)

La casa de Kofi era de esas chozas africanas sin ventanas y piso de tierra. La única apertura por donde se colaba algo de aire era la puerta principal.

Adentro el hombre blanco contó treinta y cinco personas.

—¡*Karibu!* ¡*Karibu!*⁶ —los saludaron.

—Sí, *Jambo*⁷ —contestó Kofi alegremente.

Era una multitud compuesta por el padre, madre, esposa, hijos, abuelos, tíos, sobrinos, primos y nietos que colmaban los diferentes espacios dentro de la casa. Kofi hizo alarde de su familia.

—Familia numerosa, *muzungu*, familia numerosa.

Entonces, el hombre blanco recordó haber leído lo importante que era en la tradición africana tener un clan extenso, porque una familia numerosa asegura la sobrevivencia en una tierra plagada de peligros —las fieras salvajes y los desastres naturales son sólo una muestra—. Por esa razón, al grupo familiar se le cuida, se le respeta y con él se comparte todo, incluso las cosas más insignificantes.

Los niños presentes se le acercaron al hombre gritando:

—¡*Karibu!* ¡*Karibu!*

Kofi intentó corretearlos, pero los más chicos se le abrazaron a las piernas, sin intención de soltarlo.

—Quieren que les des una golosina, *muzungu*—explicó avergonzado.

El hombre blanco revisó sus bolsillos y encontró una caja de chicles, le quedaban unos pocos.

—Es todo lo que tengo —se excusó.

—*Hakuna matata*⁸ —respondió el mayor de ellos y salió corriendo con los chicles, el resto de los niños lo siguieron detrás gritando de alegría.

Para entonces, la noche había caído con una negrura casi siniestra, porque afuera de la casa no se veía nada de nada, el hombre blanco se estremeció de pensarlo y afuera la tormenta zumbaba como una abeja feroz.

El hombre de piel azul

Al día siguiente me desperté de madrugada. Estaba ansiosísimo.

¡Por fin viajaría a África! Tomé ciertas precauciones, como desayunar abundantemente. Pasé quince minutos frente al plato dispensador masti-cando el famoso alimento para perros; luego, tomé varios litros de agua.

Cuando salí a la calle algunos perros me reconocieron y corrieron a saludarme. Como sabía de lo que se trataba, no escondí mi trasero cuando hubo que cumplir con el ritual de olfatearse. Na, no más, dejé que me olisquearan e hice lo propio hasta que me excusé:

—¡Guau! Tengo que dejarlos, pues voy camino a África.

La pastor alemán joven me gruñó desconfiada:

—¿A África? ¿Qué es eso? —preguntó.

—Un continente, pues —anuncié como si fuera un gran conocedor de mundos.

—¿Y cómo sabes? ¿Has estado ahí? —quiso saber la pastor alemán.

—No, pero sé dónde queda —mentí, pues no

quería quedar como un novato frente a esta hermosa hembra.

—¿Y a qué vas? —insistió ella.

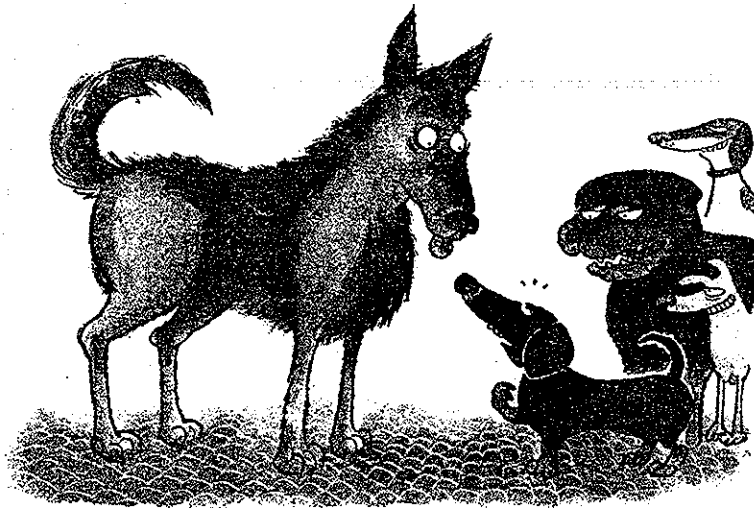
—A saldar una deuda... —contesté vagamente, pues ¿qué sabía yo de la deuda que hablaba Blanca en su cuaderno? Yo sólo quería ayudar a los hombres de piel azul.

Al escucharme, los perros presentes se rieron.

—Tan rechico y tan achorado —me dijo un rottweiler negro, y no me atreví a responder, pues tenía cara de poco amigo.

Así es que me largué.

Al principio corrí en línea recta, como si realmente supiera hacia dónde iba, porque quería



mantener las apariencias frente a la pastor alemán. Pero cuando los dejé atrás, me detuve y olfateé alrededor. Pensé que si lograba identificar el aroma del pasto seco, de la tierra árida y escuchaba el hablar de un grupo de personas caminando todas juntas, encontraría África y a sus hombres azules.

No me van a creer pero esa mañana anduve sesenta y siete cuadras, y ni asomo de desiertos ni hombres azules. Me dolían mis cuatro patas y no podía evitar llevar la lengua afuera. ¿En qué estaba pensando cuando salí de la casa de los Fuendejalón?, me lamenté.

Me paré en seco y miré alrededor. Las casas, las rejas y los jardines eran iguales a los del país en que yo vivía, así es que comprendí que no sólo no había llegado a África, sino que probablemente tampoco había salido del país.

Quise dar media vuelta, pero en ese momento la imagen de una silueta larga y consumida me alertó. El sol de la mañana le ocultaba el rostro y una maraña de pelos le coronaba la cabeza. Sus brazos largos, como bambúes desprovistos de carne, arrastraban sin ganas un enorme carretón. Nunca en mi vida de perro había visto una figura más triste y roñosa.

Caminaba a grandes y desiguales zancadas, y cuando casi lo tuve encima descubrí con emoción que la túnica que lo arrojaba ¡era de color azul!

—¡El hombre azul! —ladré.

Cuando me pasó por al frente, le moví la cola, pero el hombre ni se inmutó, siguió de largo.

—¡Guau! —ladré de impotencia. ¿Cómo lograría comunicarme con él y decirle que quería ayudarlo?

Le mordí el pantalón para impedir que continuara y lo tironeé con fuerza. Por fin se detuvo. Sin soltar su pantalón, le moví la cola. Él se agachó y me miró con ojos penetrantes, y juro por mi perra madre que en la negrura de esa mirada vi la inmensidad del desierto.

Comenzó a acariciarme y dijo:

—¿Por qué tienes tanta rabia, amigo?

—Grrrr —¿cómo explicarle que no era rabia, sino incapacidad lo que sentía?

—¡Ven para acá! —me ordenó en el momento en que me tomó por el lomo y me levantó. Comenzó a acariciarme la nuca con sus manos húmedas. ¡Me sentí tan bien!

Estaba por quedarme dormido arrullado en sus brazos cuando me dejó en el suelo y se despidió:

—¡Hasta luego, amigo!

—¡Guau! —no podía dejar que se fuera y lo seguí ladrando enajenado.

Los muertos viven con nosotros

(Extracto del cuaderno de Blanca Fuendejalón)

El hombre blanco se sentó alrededor del fuego. Los niños, a los que les había convidado chicles, se sentaron a su lado:

—*Muzungu, muzungu* —le decían sonriendo.

Comieron de una enorme fuente de madera que sirvió de bandeja, para que cada sacara la comida con la mano. Al principio, la familia de Kofi se mostró interesada en la historia del hombre blanco. Querían saber qué era lo que lo había llevado a África. Él intentó bromear diciendo que lo que lo había traído era el sonido de los tambores, pero nadie se rió. Entonces, les contó que era escritor —específicamente un reportero polaco que se había vuelto escritor?— y que preparaba su próxima novela ambientada en África.

—¿De qué escribes, *muzungu*? —le preguntó un niño.

—Las historias de los pueblos —contestó.

Pero casi inmediatamente perdieron interés en él y comenzaron a hablar entre ellos. Así es que el hombre blanco se dedicó a observarlos. Los hombres asistían a sus mujeres, las mujeres ayudaban a sus hijos, los hijos mayores ayudaban a los menores y una jerarquía casi perfecta mantenía la armonía en la choza.



La comida transcurrió igual que la de cualquier familia que se sienta a la mesa. Los adultos conversaron; algunos niños riñeron, pero luego hicieron las paces; las mujeres se levantaron repetidas veces para traer un poco de esto y poco de aquello, y cuando parecía que terminaba la cena y el hombre blanco se preparaba para dormir, el anciano del grupo entonó una canción. La voz del anciano se elevó ronca y clara, aplacando el rugido de la tormenta que se escuchaba afuera. Las mujeres siguieron el ritmo golpeando sus manos. Tu-tu-tu-tu, sonaba.

El hombre blanco cerró los ojos. La melodía era cantada ahora por las mujeres y los niños. Tímidamente, el hombre blanco se animó a batir sus palmas, queriendo imitar el ritmo que llevaba el grupo.

Kofi se acercó a él:

—Cante, *mzungu*, cante con nosotros. La música le hace bien a los muertos, sobre todo en estas horas tan oscuras.

Entonces supo que en África los muertos están presentes en la vida familiar, aun cuando ya no estén físicamente se les recuerda y se les comparte como si del otro lado de la pared los estuvieran observando.

Rumbo a África

Ladré tanto que casi me quedé afónico.

¿Han visto a un perro afónico? Es la peor humillación que pueda sufrir un animal de mi especie. En serio, la voz de un perro es parte de sus atributos. Pero vamos que las circunstancias lo ameritaban, porque el hombre no entendía nunca.

Finalmente se detuvo.

—¿Y ahora qué? —me preguntó con sus manos en la cintura.

—¡Guau! —reliqué aliviado, mientras corrí en dirección a la casa de los Fuendejalón para luego volver hacia él.

—¿Quieres mostrarme algo?

—¡Guau! ¡Guau! —ladré feliz; por fin había entendido, y haciendo gala de mi porte de hijo de campeón nacional, estiré el cuerpo y lo miré a la cara.

El hombre azul se rió con ganas y me mostró la totalidad de sus dientes amarillos. Me dijo:

—¡Pareces perro de circo! ¿Te escapaste de uno?

No entendí a qué se refirió con eso de *un circo*, pero pensé que era una palabra africana y no le di importancia.



Seguí mirándolo fijo, seguro de que me acompañaría, pero este hombre era una mula de porfiado, porque tomó su carretón y continuó su camino.

— ¡Qué fiasco! — resoplé de impotencia.

— ¿Estás cansado? — me preguntó.

Yo moví la cola y volví a repetir mi movimiento, corriendo en dirección a la casa de los Fuendejalón y volviendo hacia él. ¿Entendería de una vez?

Pero en una maniobra inesperada me tomó en sus dos manos y me subió en la carreta. Quedé embutido entre frazadas, tarros, diarios y juguetes viejos.

De más está decir que nunca me había subido en un carretón africano, así es que comencé a olisquearlo todo; me sorprendieron mucho los olores, aromas mezclados de pan rancio y verduras maduras, lana húmeda y tierra, una mezcla extraña pero fascinante. El hombre azul retomó su paso arrastrando el carretón con sus dos manos.

Aproveché de asomarme a mirar, parado justo detrás de él. El viento me soplaba en la cara y me hacía cosquillas en el lomo. Inspiré profundo y pensé que, probablemente, ese era uno de los momentos más felices de mi vida. El carretón avanzaba por las calles y comenzó a dejar atrás las casas y rejas de mi mundo, para internarse en un territorio desconocido. Me sentí tan orgulloso, ¡viajaba hacia otro continente!

En parte por cansancio y en parte por el

vaivén del carro, me quedé dormido. No sé cuánto tiempo, pero cuando desperté me encontraba en África, eso lo supe de inmediato.

África era realmente pobre, tal como lo mostraba el cuaderno de Blanca. No había casas ni edificios que lucieran como los de mi país. Tampoco había árboles, así es que pensé que me encontraba en el desierto.

A lo lejos vi un conjunto de edificios de muy baja altura con toda la ropa colgada de las ventanas hacia fuera. Igual como en las fotografías de Blanca, esos vestidos le otorgaban el único color que tenía el paisaje gris.

Al otro costado había un despoblado de tierra seca, donde a ratos se levantaba un remolino de polvo que se elevaba con el viento y se perdía en el cielo.

El hombre azul seguía tirando del carretón, se dirigía directo hacia el despoblado. Le ladré:

— ¡Guau!

— ¡Miren quién despertó!, ya era hora, dormilón... — me contestó.

Continuó:

— Te has perdido todo el camino, amigo, llegamos a casa — dijo al tiempo que enfilaba el carretón por debajo de un puente; ¿era un puente de verdad? En todo caso, se trataba de una hendidura no demasiado ancha ni alta en donde estacionó el carretón.

El hombre azul no alcanzó a bajarme del carretón cuando un montón de niños llegaron corriendo de distintas partes.

—¡Abuelo, abuelo! —le gritaron.

Una visita inesperada

(Extracto del cuaderno de Blanca Fuendejalón)

Lo despertó el sonido de un siseo metálico, como el que se produce al frotar las manos empuñadas. En ese aletargado estado de duermevela en que se encontraba, el hombre blanco pensó que estaba en su casa en Polonia y que aquel ruido provenía de la tetera hirviendo. Abrió los ojos pausadamente y se encontró con la mirada seria de Kofi y el resto del grupo; en algún momento, la casa se había quedado muda.

—¿*Kuna nini*^{10?} —preguntó casi sin mover sus labios, semidormido.

—¡Chist!, ¡no hable ni se mueva, *muzungu*! ¡Por lo que más quiera, no hable ni se mueva! —le advirtió Kofi afligido.

Sin moverse inspeccionó el lugar con los ojos. La fogata todavía ardía alrededor, pero los hombres, mujeres y niños parecían de cera, totalmente petrificados. Entonces, a un costado suyo, asomándose por encima de las piernas de su vecino vio una enorme serpiente. Tenía la piel oscura y aceitada y a la altura del cuello se le doblaba en diversos pliegues. Más de la mitad de su cuerpo permanecía erguido e inmóvil ante ellos, acechándolos sin apartarle la vista. Su mirada le recordó a un ave de rapiña.

—Quédese quieto, *muzungu*. Amin fue

a buscar un canasto —imploró Kofi. El niño que permanecía a su lado estaba tan quieto que por unos segundos el hombre blanco no supo qué era lo más terrorífico de todo; la estatua de niño que tenía a su lado o aquella serpiente que mostraba sus colmillos. Sentía un cosquilleo irresistible en la planta de los pies, pero supo que cualquier movimiento suyo era una sentencia de muerte para él o su compañero, pues la serpiente permanecía alerta esperando el momento de atacarlos. No le quedó más que esperar a Amín y su canasto, quien llegó unos minutos más tarde y junto a Kofi se colocaron detrás de la serpiente. Entonces, ésta se volteó rápido y dio un picotazo que no los alcanzó, pero que les dio unos segundos preciosos al hombre y al niño para ponerse a resguardo. La serpiente, entonces, sabiéndose presa de una emboscada, enroscó parte de su cuerpo y bajó la cabeza casi a la altura del suelo, de esta forma se movía muchísimo más rápido y atacaba con mayor agilidad. Kofi fue por un palo y le asestó un golpe en medio del cuerpo. Por la fuerza con que le dio el porrazo, el hombre blanco pensó que la serpiente habría quedado aturdida y se incorporó para ayudar a Kofi y Amín, pero la víbora estaba furiosa y se fue contra él, por poco le muerde la pata. Entonces, Kofi le dio un segundo golpe, aún más fuerte que el anterior, directo en la cabeza. El animal retrocedió esta vez aturdido.

—¡Amín, el canasto! —le gritó.

Amín tiró el canasto sobre el animal, el recipiente fue a parar justo sobre ella, dejándola atrapada dentro. La serpiente intentó zafarse yéndose con furia contra los bordes, pero sus desesperados intentos de fuga fueron inútiles; al rato, se



quedó quieta mirándolos con rabia por entre las rendijas.

Más tarde, el hombre blanco recordaría el silencio dentro de la casa mientras duró el ataque de la serpiente.

El carretón milagroso

Con mi cara asomada por encima del carretón vi como los niños se abalanzaron sobre el hombre azul.

En un minuto la situación se volvió complicada, porque los niños se pelearon por quién estaba más cerca, quién lo abrazaba primero, y se abrieron paso a empujones, puñetazos y gritos.

Pero el hombre azul les habló con voz dulce:

—¡Dejen de pelear! Traje algo para cada uno —dijo y hundió la mano dentro del carretón.

Por un minuto temí que me fuera a regalar y que los niños se pelearían por quién me tendría primero y me tirarían de las patas o del cogote, y que terminaría desarmado en las manos de cualquiera de ellos, por eso me escondí rápidamente debajo de unas frazadas, pero me equivoqué. De la carreta, el hombre azul sacó juguetes. Un camión, una pelota, un autito, un robot, unas cartas, unos libros. Parecía una función de magia, porque el hombre hacía aparecer montones de juguetes que los niños recibían con gritos de alegría.

Con sus obsequios en las manos, se pusieron



a jugar sobre la tierra seca, a unos pasos del carritón. Yo espiaba debajo de las frazadas, pero en ese momento el hombre azul se acordó de mí.

— Bueno, amigo, es hora de que salgas a estirar las piernas.

— ¡Guau! — intenté zambullirme, pero él logró alcanzarme con sus manos huesudas y me sacó afuera. Los niños volvieron a gritar de alegría, pero, al contrario de lo que pensé, ninguno de ellos me tiró de la cola ni las orejas, sino que se acercaron a acariciarme.

— ¿De dónde lo sacaste? — le preguntaron.

— ¡Uf!, este perrito me persiguió en la calle, hizo todo tipo de leseras, es muy repillo... — contestó él.

— ¿Te lo vas a quedar? — preguntó uno de los niños.

— Yo creo que sí, porque no tiene collar, así es que no creo que lo anden buscando — respondió el hombre azul, y sentí vértigo.

¡Había olvidado el collar! ¡Claro! La noche antes de salir a África lo tironeé hasta que logré zafármelo. Nunca pensé que tuviera ninguna importancia y ahora sucedía que ellos creían que era un perro sin dueño. Comencé a ladrar, dando vueltas y haciendo muecas para demostrarles que sí tenía dueño, pero fue inútil.

— ¿Ven? ¿Qué les dije? — dijo el hombre azul, apuntándome con el dedo—. Cada cierto rato se pone hacer leseras.

Los niños se rieron, algunos volvieron a

jugar y otros permanecieron cerca de mí. Pero yo dejé de hacer piruetas porque nadie entendía lo que quería decir con ellas. Así es que dejé que una niña me acariciara el lomo.

África era un buen lugar para vivir.

El regalo

(Extracto del cuaderno de Blanca Fueندهالón)

Con la serpiente encerrada en el canasto y los primeros rayos del sol cayéndoles sobre la nuca, emprendieron camino hacia la carretera. Claro que antes el hombre blanco se despidió de la mujer de Kofi, de sus hijos y de la familia. Después del ataque de la cobra en la víspera, se sentía parte del grupo, así es que justo antes de salir hizo una teatral reverencia. Los niños se rieron a gritos.

Kofi metió el canasto con la serpiente adentro de su mochila.

—¿Por qué te la llevas? —le preguntó el hombre blanco.

—Porque en el mercado pagan una buena suma por ella, *muzungu* —contestó Kofi, acomodándose la mochila al hombro.

—Pues a mí no me gustaría comprar un bicho como ese —contestó el hombre y rió al recordar el susto que había pasado hacía algunas horas.

Al volver a la carretera encontraron la camioneta tal como la habían dejado, subieron en ella y enfilaron a toda prisa hacia Ruanda. Llegaron sin sobresaltos con tiempo suficiente para ir al mercado, en donde Kofi vendió la serpiente. El hombre blanco aprovechó de comprar unos *souvenirs* para sus hijos.



Entonces se dirigieron al aeropuerto.

—¿Volverás a África? —le preguntó Kofi al despedirse.

—Me imagino que sí —contestó, estrechándole la mano.

—¡Tomal —dijo Kofi, estirándole un paquete.

—¡Me imagino que no será la serpiente! —bromeó.

—No, *muzungu*, es un amuleto de la buena suerte. Te protegerá contra los brujos.

—¿Contra los brujos? Prefiero que me mantenga lejos de las serpientes —señaló.

—Ah, pero los brujos son muchísimo peores que las serpientes, porque se apoderan de tu alma y tu pensamiento y te hacen actuar mal.

El hombre blanco no supo qué contestar.

—Úsalo, *muzungu*, y cuando sientas que estás dominado por pensamientos malos, lo agitas rápidamente —contestó Kofi.

—Lo tendré presente, amigo —dijo y le dio un abrazo.

Miró hacia el horizonte y pensó que finalmente nunca se termina de conocer un lugar, siempre habrá algo que falta, algo por lo que uno puede volver y verlo todo de nuevo como si fuera la primera vez.

El cartel con mi foto

No sé cuántos días viví con el hombre azul.

Al principio conté las puestas de sol, pero de pronto se me olvidó y perdí la cuenta.

Se preguntarán por qué no volví a casa, por qué no intentaba encontrar el rastro de los Fuendajalón. Pues porque no tenía corazón para abandonar al viejo. Los perros somos muy sensibles respecto a la gente buena, y el hombre azul era un hombre bueno.

Nos hicimos amigos, tanto que compartíamos todo, hasta lo más insignificante. Si él recogía un pedazo de pan, pues lo partía por la mitad y comíamos ambos. Si encontraba una nueva frazada, con esa misma nos cubríamos durante la noche cuando refrescaba y corría una ventisca que nos calaba los huesos.

Un día emprendimos un viaje muy largo. Iba trotando a su lado como un buen perro y al rato llevaba la lengua afuera. Él intentó subirme al carretón, pero no me dejé atrapar, quería correr, olfatear por ahí, y sucedió que de repente reconocí ciertos aromas que había olvidado y al hocico me llegó un olor muy intenso, algo que me trajo



a la memoria la casa de los Fuendejalón y ladré de alegría.

—¡Hey! ¡Tienes buen olfato! —dijo el hombre azul—. Este es el lugar en donde nos vimos por primera vez —y continuó caminando.

Habrían pasado unos diez minutos cuando escuché una voz conocida. Alguien —una chica— me estaba llamando:

—¡Guau! —respondí con alegría al ver que se trataba de la pastor alemán. Fui corriendo hasta ella y le gruñí contento.

—¿Lograste llegar a África? —me preguntó.

—¡Pero claro! Si vengo de allá...

—Algunos perros pensaron que te habías perdido, pero yo siempre supe que lo lograrías —dijo ella con su voz ronca.

Y hubiese seguido conversando con la chica si no es porque el hombre azul me chifló.

—¿Ya te vas? —quiso saber ella.

—¡Uf!, es una larga historia... quizás algún día te la cuente entera —prometí.

Cuando me acerqué a él, me dijo algo que no olvidaré nunca, me llamó:

—¿Otelo?

Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba así. Lo miré impresionado.

—¡Otelo! —repetió y yo bufé y ladré. Entonces el hombre azul afirmó:

—Así es que ese es tu verdadero nombre, pues te tengo una noticia, amigo Otelo, tu fami-

lia te está buscando —me contó y se agachó para mostrarme un cartel muy extraño en donde aparecía una foto mía.

Luego, continuó:

—Dice que eres la mascota regalona...
—dijo y luego se rascó la cabeza mientras continuó. Pienso que debieras volver a casa.

Moví la cola, y en un movimiento rápido corrí en dirección a la casa de los Fuendejalón y volví hacia él.

Él se rió.

—¿Quieres mostrármela?

Volví a ladrar y repetí el movimiento.

—¡Vamos!

Salí corriendo. El hombre azul me siguió a zancos largos. Cada cierto rato me daba vueltas para comprobar que me seguía detrás y le ladraba contento. Seguí hacia la casa de Blanca, hasta que de pronto estuve frente a la reja. El hombre azul llegó unos minutos después.

—Así es que desde el principio quisiste mostrarme tu casa, ¿eh?

Ladré. ¡Por fin había comprendido todo!

Con sus dedos huesudos tocó el timbre y la primera persona que apareció fue Blanca. Se quedó unos segundos inmóvil y luego corrió hasta la reja, la abrió y me tomó en sus brazos:

—¡Otelo! ¡Volviste! —exclamó y saltó conmigo en brazos.

No sé qué le dijo el señor Fuendejalón al hombre azul, pero lo hizo pasar a la casa y le



ofreció un plato de comida y estuvieron conversando mucho rato.

Cuando Blanca me soltó pude ir hasta la cocina para escucharlos, y fue cuando descubrí que no había viajado a África. Es más, ni siquiera me había movido de mi país ni de mi ciudad.

¿Quieren que les cuente la verdad? Comencé a sospechar que no estaba en otro continente cuando vi que en la tierra del hombre azul no había zancudos del porte de un zapato, ni serpientes que me quisieran comer entero, y la gente, a excepción de él, no vestía con túnicas azules, sino de todos los colores, y tampoco andaban en grupos, sino a solas o en pareja. Entonces, cuando escuché decir al señor Fuendejalón que durante todo este tiempo yo había vivido en el límite sur de la ciudad, confirmé mis sospechas. Pero no me amargué; al contrario, ladré contento. Después de todo, uno está preparado para conocer *el mundo* cuando conoce el lugar en donde vive.

SARA BERTRAND

Estudió Historia y Periodismo en la Universidad Católica de Chile, se tituló como periodista el año 1996 y ha trabajado en diferentes medios de comunicación escrita, además de participar en la investigación de algunos libros de Historia. Junto con la escritura de libros infantiles, colabora con el suplemento cultural Artes y Letras del diario *El Mercurio* y en la revista *La CAV*. El año 2007 ganó una beca de creación literaria del Fondo del Libro y publicó su primera novela infantil, *Antonio y el tesoro de Juan Fernández*. El 2008 publicó *Antonio y el misterio de los hombres roca*, y el 2009, para el sello Alfaguara, *La momia del salar*. El 2010 publicó la novela infantil *Ramiro Mirón*, en esta misma colección.

NOTAS

- 1 «Lo siento», en swahili. El swahili pertenece al grupo de lenguas bantúes que se hablan en la costa este de África.
- 2 «Hombre blanco», en swahili, y una de las forma más comunes que tienen los pueblos africanos para referirse a las personas blancas.
- 3 Uganda comparte frontera con Ruanda, país africano al que comúnmente se ha denominado el «Tíbet» de África por sus innumerables montañas y cerros. Ambos países están en el centro mismo del continente.
- 4 En el continente africano aún sobrevive uno de los poco pueblos nómades que van quedando en el mundo. Se trata de los tuareg quienes durante siglos han recorrido las planicies africanas de Argelia, Libia, Níger y Nigeria. Visten con túnicas que fabrican ellos mismos y que mediante un proceso de teñido natural quedan de color azul. Eso es lo que les pinta la piel de color azul y por eso los han apodado «los hombres azules».
- 5 Buscando alimento y las mejores condiciones de vida, los tuareg se desplazan por el territorio africano en una caravana sempiterna, con la única precaución de nunca volver a pisar el suelo en donde entierran a sus muertos.
- 6 Saludo que en swahili significa «adelante» o «bienvenido».
- 7 «Hola» en swahili.
- 8 «No hay problemas», en swahili.
- 9 En su diario, Blanca aclara que escribe esta historia en honor a Ryszard Kapuscinski, escritor y reportero polaco que durante muchos años se preocupó de dar a conocer los horrores de las guerras en el continente negro. Como Otelo no incluyó el fragmento, se los copio a continuación: «Este cuaderno está escrito en honor a Ryszard Kapuscinski, escritor y periodista polaco a quien admiro y me gustaría parecerme cuando grande».
- 10 Kuna nini significa ¿pasa algo?, en swahili.

ÍNDICE

El libro.....	9
Más allá de la reja.....	17
Aromas perrunos.....	21
El cuaderno azul.....	27
El continente olvidado.....	33
La tormenta.....	35
Nómades azules.....	39
Kofi y sus treinta y cinco.....	43
El hombre de piel azul.....	45
Los muertos viven con nosotros.....	49
Rumbo a África.....	53
Una visita inesperada.....	59
El carretón milagroso.....	63
El regalo.....	67
El cartel con mi foto.....	71
Biografía autora.....	79